

CAPITULO II

LA CARTA

Por el silencio que Marí nota, aplicando el oído á la puerta que conduce á las habitaciones de Margarita, infiere que ésta duerme todavía. Y le causa extrañeza tan prolongado sueño, porque, en su calidad de doncella de la señorita de Miramar, sabe muy bien que, aunque trasnocha, madruga, y es el caso que son ya las diez de la mañana.

Marí se llamó siempre María; pero desde que sus felices disposiciones la han elevado al rango que ocupa en tan opulenta casa, el buen gusto le ha suprimido la última letra. María es un nombre más bello, pero *Marí* es un nombre más francés. Ella se muestra tan satisfecha de la supresión, que cuando algún criado de la casa ó alguna amiga antigua le dicen María, no puede disimular el disgusto que le causa.

María le parece el nombre más vulgar del mundo, pero *Marí* suena en sus oídos con cierta distinguida melodía que la enorgullece; le suena como á nombre de princesa. Desde que se oye llamar Marí cree la pobre muchacha que es otra, y se le ha metido en la cabeza todo un libro de caballerías.

Mas no hay en el mundo satisfacción cumplida, y el maldito cochero le tiene quemada la sangre, pues por torpeza ó por malicia, es el caso que siempre la llama á voces diciéndole «María,» y el bárbaro ha dado últimamente en



Mientras que por segunda vez aplica el oído á la cerradura...

la gracia de llamarla quinientas veces al día, y siempre le ha de decir Maruja.

Por lo demás, es una muchacha fresca y risueña, con un modo de mirar, un modo de sonreír y un modo de ser, que le proporcionan muchos amantes, sin que la infeliz consiga entre tantos pretendientes encontrar un marido: de modo que, según vemos, no es doncella por pura vocación.

Ahora la hallamos sin saber qué hacerse, indecisa entre penetrar en el cuarto de su señorita ó esperar que ésta la llame.

Mientras por segunda vez aplica el oído á la cerradura de la puerta, discurre del modo siguiente:

«Yo sé que no debo entrar mientras no me llame, pero tengo seguridad de que me llamaría si estuviese despierta... Luego... claro está que duerme á pierna suelta. Es muy tarde, no me está prohibido despertarla, y se alegrará de que la despierte; debo hacerlo..., mas ¿cómo la despierto sin entrar? Ya veo la nube que se me viene encima... Si la dejo dormir, Dios sabe cuándo saldrá de tan profundo sueño, y entonces me dirá muy seria: «Ya sabe V., Marí,

que no me gusta dormir tanto.» Mas yo podré replicarle muy fresca: «Como la señorita no ha llamado...» Sí, pero la conozco, y exclamará sin detenerse: «¡Cómo había de llamar si estaba durmiendo!» Pues supongamos que atropello por todo y entro y la despierto. Al verme se me quedará mirando y me preguntará al golpe: «¿Qué ocurre?» Y tendré que contestarle: «Nada..., es que como la señorita no llamaba...» «Pues si no llamaba — volverá á preguntarme con mucha razón, — ¿á qué ha entrado V?»

No sé qué habría hecho al fin Marí, si en el momento de su mayor perplejidad no hubiera aparecido un criado que llevaba una carta en la mano.

La doncella lo ve; mas él finge no verla, y grita:

— Marí...

Marí se muerde los labios por toda respuesta.

— Maruja... Maruja... — vuelve á llamar el criado.

Aquí Maruja da hacia él un paso imponente, majestuoso, teatral, con todo el aire de una reina ofendida.

— ¡Ah! Perdona V., Marí — exclama el socarrón. — Esta carta es para la señorita; la acaban de traer ahora mismo.

Marí le arranca la carta de las manos, y le vuelve la espalda con airado desdén. Ambos se separan bufando: la doncella, de rabia; y el lacayo, de risa.

No hay mal que por bien no venga. La carta es un recurso, un pretextó para entrar en las habitaciones de Margarita y salir de situación tan apurada; tanto más, cuanto que las armas del sello y las iniciales del sobre anuncian un asunto urgente de la baronesa de C..., amiga íntima de la casa y particular admiradora de las distinguidas prendas de la señorita de Miramar.

Marí, que por la estúpida insolencia del lacayo toca el cielo con las manos, ve al mismo tiempo en la carta de la baronesa el cielo abierto, y sin más vacilaciones la coloca sobre una bandeja de plata primorosamente cincela-

da, empuja la puerta, que cede silenciosamente, y entra.

Admírase al ver que la luz penetra en la estancia al través de los balcones entreabiertos, cuyas maderas cerró ella misma la noche anterior. Se dirige asombrada al dormitorio, y su admiración se convierte en espanto al reconocer que la suntuosa cama de la señorita de Miramar se halla vacía.

«¿Cómo puede ser esto? — se pregunta á sí misma. — ¿Cómo ha desaparecido?... No estando en la cama, ¿dónde está?... ¿Qué misterio se encierra en tan incomprensible suceso?..»

La doncella se siente aterrada, porque lo que ve es increíble, y otra vez cae en la terrible situación de no saber qué hacer.

¿Qué sería más prudente, más propio de las circunstancias?... ¿Gritar?... ¿Huir?... ¿Desmayarse?... Todo hay que pensarlo. Gritar, sería dar ocasión á un escándalo. Huir, equivaldría á declararse cómplice. Desmayarse, era perder tiempo.

Y El caso es que la señorita de Miramar no está allí; la cosa es grave y urgente, y si no sabe qué hacer, tampoco sabe qué pensar. Su imaginación novelesca la hace estremecer, presentándole la idea de un rapto. En la necesidad de pensar algo, piensa lo más extraordinario, lo más novelesco..., lo más fantástico. ¡Ya se ve, la señorita de Miramar es tan codiciada!..

Registra con los ojos el aposento, y todo lo encuentra en perfecto orden; nada indica que haya ocurrido allí cosa alguna extraordinaria. Sólo advierte que la luz de la lamparilla arde tristemente sobre el mármol de la chimenea, encerrada en su bomba de porcelana, y cuyos resplandores rojos parecen avergonzados de verse ante la luz del día.

De repente la mirada absorta de la doncella se fija en la puerta que conduce al tocador, y nota que no está cerrada.

como debía estarlo, y deduce, por la claridad que advierte, que también en el tocador se han abierto los balcones.

Antes de dar un paso, reflexiona.

«Si la señorita no está en el tocador, no está en ninguna parte, y en el tocador no es posible que esté; para estar ahí ha tenido que levantarse, y para levantarse me hubiera llamado. Sin mí no sabe vestirse, no sabe moverse. Yo soy sus pies y sus manos.»

Esto es tan concluyente para Marí, que no encontrándola en la cama, cree, ó que ha sido robada por algún amante desesperado, ó que á lo menos se ha evaporado como una esencia; esto último es también verosímil, ¡porque Margarita es tan espiritual!.

Así es que al poner el pie sobre la rica alfombra que cubre el pavimento del tocador, su asombro llega al último límite, y no dando crédito al testimonio de sus propios ojos, exclama:

— ¡La señorita aquí!.

En efecto, allí está, envuelta en un magnífico peinador, cuyos sueltos pliegues hacen como que ocultan los suaves contornos de sus correctas formas, en las que no me es permitido detenerme.

Allí está sumergida en los brazos cariñosos de una butaca envidiable, con sus preciosos pies cruzados sobre un taburete más envidiable todavía. La cabeza descansa indolente sobre la mano izquierda, mientras la derecha retuerce con sus dedos sonrosados los finos encajes que adornan y enriquecen las graciosas ondas de su bata inmaculada.

Allí está medio pensativa y medio risueña, medio dormida y medio despierta.

Al ver el semblante espantado de su doncella, sonriendo y bostezando le dice:

— ¡Ay, Marí! Me fastidio soberanamente.

La pobre muchacha no es tan corta de alcances que no

comprenda perfectamente cuánto puede aburrirse una gran señora sin el auxilio de su doncella; pero no alcanza á comprender, porque no le cabe en la cabeza, cómo la señorita de Miramar ha podido levantarse y vestirse sin Marí.

La tenacidad de semejante idea le obliga á decir:

— ¡Cómo la señorita no me ha llamado!.

— Me parece — replica Margarita con viveza — que para aburrirme no necesito á nadie.

La doncella se encoge de hombros y le presenta la bandeja que lleva en la mano. Coge Margarita la carta con perezosa indiferencia, lee rápidamente el sobre y la deja caer sobre la falda.

Al mismo tiempo el reloj, que late apresuradamente delante del espejo del tocador, hace sonar dos veces su agudo timbre, como si quisiera poner dos puntos á la conversación.

— ¡Las diez y media! — exclama la doncella.

— ¿Y qué importa? — dice Margarita.

— Los señores han pedido el coche para después del almuerzo — advierte la doncella.

— Hoy — insiste Margarita — no pienso salir de casa.

— Tal vez la señora baronesa cuente esta tarde con la señorita.

— En ese caso, quiere decir que habrá echado mal la cuenta.

— Pero esta noche — añadió Marí — hay *do* de pecho; Tamberlick canta el *Otello*.

— Tengo jaqueca — contesta la señorita de Miramar.

— ¡Dios mío! — exclama la doncella. — ¿La señorita se halla indispuesta?

— Lo mismo da. No quiero vestirme, no quiero salir, no quiero ver á nadie... ¿Comprende V., Marí?

— Señorita., ¡es tan incomprensible lo que V. dice!

— ¡Bah! Entonces le descubriré á V. mi corazón.

La doncella, casi enternecida por tan señalada muestra de confianza, se acerca á la señorita de Miramar, quedándose en la actitud expresiva de quien va á recibir una confianza inesperada é íntima.

— Ha de saber V. — continuó Margarita, — que me siento hoy dominada por un deseo extraño, original..., enteramente nuevo.

— ¡Ah! Lo comprendo muy bien. Mas ¿qué puede desear la señorita que no se le cumpla en el acto?

— Lo que es este deseo, apenas ha nacido y ya empieza á encontrar muy serias dificultades.

— ¡Es posible! — exclama Marí.

— ¡Oh, sí! Es un deseo contra el que se levantan tantas dificultades como personas me rodean, tantos obstáculos como gentes me visitan, tantas contrariedades como amigos me distinguen con sus impertinentes lisonjas... ¡Ah! Es cruel..., es muy cruel esto.

— Pero... ¡gran Dios!, ¿qué desea la señorita?

— Por lo visto, deseo un imposible.

— Veamos, veamos.

— ¿Es V. discreta?

— Puedo jurar que...

— Pues bien. Juzgue V. con toda imparcialidad. Deseo... Fíjese V. bien... Deseo estar sola.

Marí es, en efecto, discreta; comprende todo el valor de la confianza, y se retira muda y cabizbaja.

La pobre muchacha está á punto de que se le salten las lágrimas. Cuando cree que ha conquistado la confianza de la señorita de Miramar, y que va á ser depositaria de los secretos de su corazón, se encuentra con tan cruel despedida... Tan cruel como injusta.

Sin embargo, Margarita tiene buen corazón y la ha seguido con los ojos, y al verla salir no ha podido menos de exclamar:

— ¡Pobre muchacha!

Pero al fin ya está sola, que es su deseo, ó su capricho de este día; ya no hay allí nadie que la interrumpa en la voluptuosa tarea de no hacer nada, ni quien la distraiga del vago placer de pensar en cualquier cosa.

Está sola.

¿Sola?

Muy pronto lo ha dicho.

Hay sobre sus rodillas una carta cerrada, cuyo sobre se le mete tenazmente por los ojos diciéndole: «Ábreme.»

Siente que una mano invisible llama á la puerta de su curiosidad, de esa loca que todo lo quiere saber, y le parece que del fondo de la carta que tiene delante, sale una voz sin sonido que le grita incesantemente: «Oye, oye, oye.»

O, lo que es lo mismo: «Lee, lee, lee.»

Es muy difícil substraerse al interés que inspira una carta cerrada, sea la carta de quien fuere. Se cierra la puerta á las visitas impertinentes, se despide á las personas fastidiosas sin verlas. Siempre hay una excusa para no recibir al que nos molesta; y si no hay más remedio, se les recibe y se les oye como quien oye llover. Esto es fácil y ocurre con frecuencia. Pero no se cierra nunca la puerta á la carta que viene á buscarnos; no hay nadie que rompa una carta sin leerla, y no hay manera de leer una carta sin enterarse de lo que dice.

Conocemos á la persona que nos escribe; es un ser insoportable, insufrible, que no dice más que tonterías, ó nos asedia con pretensiones ridículas. Si le vemos venir por una calle, echamos por otra: para él no estamos nunca en casa. Mas se nos presenta envuelto en los misterios de un *sobre*, bajo la forma incitadora de una carta, y sin vacilar la recibimos, la abrimos y la leemos.

No hay ocupación, ni placer, ni dolor, en que una car-

ta no pueda sorprendernos, y, por consiguiente, interrumpirnos.

Tener delante una carta cerrada no es estar solo. Es estar con alguien que nos habla, que nos distrae de nuestros pensamientos, que nos saca de nuestras meditaciones, que corta nuestra soledad, que dispone de nuestra atención, que nos aparta, por más ó menos tiempo, de las más urgentes tareas, de las más íntimas alegrías y de las más profundas tristezas.

Este efecto lo produce cualquiera carta, y por extraordinaria que sea la idea que el lector haya formado de Margarita, en la mayor parte de las cosas no pasa de ser una mujer como las demás. Está, pues, delante de la carta de la baronesa, dominada por la curiosidad propia del caso, y aún más, pues observa con extrañeza que lo contenido dentro del perfumado sobre presenta un volumen excesivo.

— ¿Qué le habrá ocurrido á esta buena señora? — se pregunta.

Y pesando la carta entre sus dedos, añade:

— Aquí hay algo más que una simple carta.

Examina el sobre, ya por un lado, ya por otro, con esa pueril impaciencia con que algunas veces pretendemos indagar lo que contiene una carta antes de abrirla.

La curiosidad es un deseo, y, como todos los deseos, se aumenta en razón directa de las dificultades que se le oponen. Los deseos tienen en las almas enérgicas la fuerza expansiva del vapor comprimido.

Cuanto más se niega el sobre impasible á descubrir el secreto de la correspondencia que oculta, más vivo se va haciendo en Margarita el deseo de averiguarlo; y como averiguarlo está en su mano, rompe al fin con sus dedos impacientes la obstinación del sobre.

Justa era la observación hecha por la señorita de Miramar acerca del excesivo volumen de la carta, y justa era

su doble curiosidad, porque debajo del sobre había, en efecto, algo más que una carta, había dos cartas.

He aquí lo que dice la baronesa:

«Querida mía: Mi fiel Pachí acaba de entregarme la adjunta carta, que no sabe quién ha dejado en casa, sin duda por equivocación; el que te la dirige ha oído campanas y no sabe dónde. Yo me apresuro á remitirtela, pues infiero que en ella se apela á tu filantropía, y conozco bien tu corazón, ó, lo que es lo mismo, tu generoso corazón.

»El lunes es la gran *soirée* de la embajada inglesa. Dicen que el *buffet* será espléndido, y el *menú* corre ya de boca en boca. Se espera que tu *toilette* sea original y encantadora, y desde ahora te aseguro que hará furor. He visto el *trousseau* de la desposada... ¡*Mon Dieu!* ¡Qué *trousseau!* Los *amateurs* están desconsolados porque no te vieron anoche en mi *petit comité*; la viudita quiso usurpar tu puesto..., pero tu ausencia y ella, ¡qué *pendant!*..

»Adiós, hermosa niña, te desea un triunfo estrepitoso tu apasionada admiradora,

»LOLA.»

Apenas acaba Margarita de leer la carta de la baronesa, saca la otra, que por un movimiento irreflexivo y enteramente maquinal había ocultado en su seno.

Se halla esta carta herméticamente cerrada en un sobre de papel grueso, áspero y moreno, en el que campea con letras gordas, dignas de la pluma de un memorialista, el siguiente sobrescrito:

«A LA VELLA SEÑORITA DE MIRAMAR,

»¡UN DESGRACIADO!»

La *v* con que se halla escrita la palabra bella, la *D* mayúscula y las admiraciones de un *desgraciado* obligan

á Margarita á soltar la más espontánea carcajada, lo cual debe hacernos creer que ya no se aburre.

Roto cuidadosamente el sobre por uno de sus cantos, como si no quisiera perder ni una letra, se abre paso un papel fino y sedoso, perfectamente doblado, escrito por las cuatro carillas con tinta de reflejos azules, dejando ver en renglones no muy iguales los rasgos delicados de una letra menuda, encadenada y clara, letra y papel inesperados en aquel sobre tan poco distinguido.

La letra se parece á la voz, á la fisonomía, al aire, en lo que estas tres cosas tienen de personales, de distintas en cada individuo; y así como se ha dicho que el estilo es el hombre, se puede decir que la letra es la mano.

Después de un atento examen, la señorita de Miramar se convence de que es la primera vez que ve aquella letra, y deduce que la mano le es desconocida.

Lee primero con la sonrisa en los labios; después va poco á poco frunciendo el entrecejo, y acaba por ponerse seria, muy seria; llega hasta mostrarse enojada; termina la lectura pensativa, y empieza á leer de nuevo:

La carta dice así:

«Tito fué un romano cruel, que oprimió y asoló la Palestina, en tiempo del imperio, y al que el mundo entonces llamó *Delicia del género humano*. Usted no es Tito, ni querrá serlo, porque una mujer joven, bella y rica y universalmente adulada no cambia nunca su celebridad por la de ningún hombre. Pero se parece usted á Tito en dos cosas, en que también hace usted las delicias del género humano, y en que tiene oprimido mi corazón y asolada mi alma.

»Y yo pregunto: usted, que tan fácilmente hace feliz á cualquiera con una mirada, con una sonrisa, con un saludo..., ¿por qué ha de hacerme usted á mí el más desgraciado de los hombres?.. Lo sé y voy á decirlo: porque entre



TERMINA LA LECTURA PENSATIVA, Y EMPIEZA Á LEER DE NUEVO

todos los que se disputan sus palabras, sus miradas, sus sonrisas y sus saludos, los menos la admiran, algunos la envidian, los más la codician y todos la adulan..., yo solo la amo.

» Pero usted, que antes de llegar aquí habrá buscado al pie de la carta la firma del que la escribe, preguntará enojada: «Y ¿quién es usted para pretender mi preferencia?» La pregunta no puede ser más justa ni más injusta. Es justa, porque yo sé muy bien que para pretender su preferencia no basta ser *alguien*, es preciso ser *algo*; no es bastante ser hombre, es además indispensable ser *cosa*. Es injusta, porque... ¿quién le ha dicho á usted que yo pretendo su preferencia? Yo la amo á usted como Dios la ha hecho, pero no puedo amarla como el mundo la hace. Veo en usted dos seres que no puedo separar: uno adorable y otro insufrible; veo en usted lo que es y al mismo tiempo veo lo que debiera ser.

» La mujer que me inspira tan vivo sentimiento no es usted, pero está en usted... Y ¿qué sería á mis ojos la preferencia de la señorita de Miramar tal como el mundo la ha hecho? Una cosa bien triste para mi amor, la preferencia de su vanidad ó de su capricho. Y ¿qué sería yo á mis propios ojos? Una sombra casualmente encontrada en el camino, donde descansaría un momento su inconstancia.

» No pretendo semejante preferencia; digo más, me sería insoportable.

» Mas no es esto solo. Tengo una madre digna de serlo; con el instinto de su tierno cariño ha penetrado en el secreto de mi corazón; ve que no como, ve que no duermo, y ha comprendido lo que yo mismo no comprendo.

» Ayer me propuso un viaje á Alemania, y lo he rehusado..., no por usted, sino por ella.

» Hoy me ha dicho: *No conozco á esa mujer, no quiero conocerla; pero, hijo mío, tal vez sea tu desgracia.*

»Dígame usted si le es posible á un hijo no creer á su madre.

»Entonces, ¿por qué le escribo á usted?... Le escribo porque me parece una traición aborrecerla y no decírselo, amarla y que no lo sepa.

»Aquí me detiene una duda repentina; me encuentro sorprendido por una dificultad en la cual no había pensado. ¿Qué he de hacer para que esta carta llegue á sus manos?... No me atrevo á ponerla á disposición de sus criados sin alguna garantía que me asegure la inviolabilidad de la correspondencia, porque sentiría que otra persona la conociera á usted como la conozco yo, é ignoro si usted es accesible á todas las cartas.

»Me ocurre un medio... algo extravagante, pero casi seguro. Le pondré un sobre humilde, un sobre grotesco, que inspire á la vez lástima y risa, y en vez de llevarla á la casa de la señorita de Miramar, la llevaré por equivocación á la casa de la baronesa de C..., que lo recibe todo. En cuanto esta buena amiga vea el sobre, la enviará á usted inmediatamente bajo la salvaguardia de su letra y de su sello. Vamos, leerá usted mi carta; más aún, la leerá usted toda.

»Ahora me asalta el temor de causarle una viva inquietud, la inquietud de la curiosidad. Al ver que me oculto, va usted á sentir vehementes deseos de saber quién soy, y va usted á creer que soy descaradamente viejo ó extremadamente feo, y eso no es justo.

»¿Quiere usted conocerme?

»En los paseos, en los teatros, en los salones, en todas partes donde usted está estoy yo. Pues bien; agite usted su pañuelo una ó dos veces, como quien despide á un amigo que se va para siempre, y más lejos ó más cerca, según la ocasión y el momento, descubrirá usted en la solapa de un frac no mal cortado las menudas hojas de una sencilla margarita.

»Para mí es indiferente que usted satisfaga ó sacrifique su curiosidad, porque estoy seguro de que la señorita de Miramar no llegará nunca á conocerme.»

Así termina la carta, sin que al pie de ella aparezca firma ninguna.

Terminada la segunda lectura de tan extraño documento, Margarita salta de la butaca, inquieta y agitada, sin apartar los ojos de aquella letra desconocida.

Una nube de nombres acuden á su memoria, y los va desechando uno á uno.

Habla consigo misma, y dice:

— El vizconde de... ¡Imposible! El marqués..., ni pensarlo. El duquesito... ¡Bah!..., es tonto. El barón es imbecil. León... es demasiado cobarde. César... demasiado ridículo. Suárez..., ¡qué tontería! Castro..., ¡qué locura! Benlloch... es zafio. Casavieja... es muy feo. Villaverde... es muy viejo.

Conforme hace comparaciones y desecha nombres, el misterioso personaje va adquiriendo á sus ojos una creciente superioridad, tomando el aspecto fantástico de un ser extraordinario.

Cualquiera de los simples mortales cuya lista acaba de pasar podía ser muy bien el autor del documento, pero Margarita no quería, por lo visto, que fuese ninguno de ellos. Sin saber por qué, parecía empeñada en que el autor de la carta había de ser un hombre enteramente á su gusto. Vaya usted á explicarse este capricho de su deseo.

De pronto le ocurre una sospecha.

¿Andará allí la envidia de alguna mujer?

Pero, en tal caso, cualquiera que sea ella, ha tenido que valerse de un hombre, porque Margarita descubre en la intención y en el estilo de la carta una virilidad impropia de las mujeres. Además, el contenido de aquel anónimo es cruel para ella; mas advierte á pesar suyo que se

respira en él cierto perfume de acerba sinceridad y ruda franqueza, y se resiste á creer que el autor de aquella carta sea el instrumento de una ruin intriga. Pero, vamos, se muestra razonable y reconoce que es posible. Entonces..., lo mismo le da; la cuestión es la misma, porque para ella la cuestión es esta: «¿Quién es ese hombre?»

¿Debe considerarse víctima de una burla innoble, ó es, por el contrario, objeto de una pasión profunda? Ignora por qué, pero se inclina más á lo segundo que á lo primero. ¿Se lo dice su corazón, ó se lo dice su vanidad?.. Ello es que, burla ó amor, intenta sonreír y no acierta á conseguirlo. Se irrita, y, es claro, cuanto más se irrita, menos logra sonreírse.

Alza la cabeza y ve su imagen retratada en la profunda superficie del espejo impasible. Se mira en él, y ¡qué singular capricho!, por primera vez en su vida la señorita de Miramar se contempla y no se agrada. Tal vez consista en que nunca se ha visto tan seria, y ya sabemos que la expresión de su semblante es dura cuando no la dulcifica con la miel de su sonrisa.

Con un movimiento repentino y enérgico echa hacia atrás sus hermosos rizos, que, al inclinarse para leer la carta, habían caído sobre su frente como impulsados por una inocente curiosidad, y asiendo bruscamente el cordón de seda que descende inmóvil junto al espejo, lo sacude con violencia, haciendo sonar el agudo timbre de la atribulada campanilla.

La señorita de Miramar llama á su doncella.

Por lo visto ha adoptado alguna resolución, ó es que simplemente ha dejado de aburrirse.

Marí siente el llamamiento y corre apresurada al cuarto de su señora, y se presenta en él inmediatamente un poco sonrojada, quizá algo ofendida, pero muy afable, casi risueña... ¡Pobrecilla! No es rencorosa. ¡Ya se ve!.. ¡La han

engañado tantos!.. Parece que la infeliz ha nacido para que todo el mundo la engañe... ¿Y qué ha de hacer?.. Lo que hace: bajar la cabeza á los desengaños y resignarse con su suerte.

Al verla Margarita, dobla la carta, que aún tenía en las manos; la guarda en un cajón de su tocador, y dice:

— Quiero vestirme.

— ¿Para casa, ó para calle?.. — pregunta la doncella.

— Voy á salir — le contesta la señorita de Miramar.

— ¡Cómo! — exclama Marí. — La señorita no deseaba ver á nadie.

Al pronto parece que Margarita se desdenna de replicar á la observación de su doncella, pero cambia de parecer; y sentándose delante del espejo, dice:

— Dígame usted,

Marí, ¿hay algo en el mundo más inconstante que la mujer?

— ¡Ay... sí, señora! — exclama Marí. — Más inconstantes que una mujer son todos los hombres.

Si nos resistimos á creer en la exactitud de la observación que acabamos de oír en la boca de la siempre engañada Marí, convendremos en que á la pobre muchacha no le faltaba razón para pensar de esa manera.

La señorita de Miramar no participa por completo de



Alza la cabeza y ve su imagen retratada...

opinión tan absoluta, y elevando á regla general el principio expuesto por su doncella, añade:

— Sí, todos somos inconstantes como las mariposas, hasta que encontramos una luz que nos quema las alas. Entonces ya no podemos volar. ¿No es cierto esto?

— Muy cierto, señorita.

Marí mentía, pues su corazón se había quemado las alas algunas veces en la luz del amor, y no obstante había podido volar de nuevo.

— Por mi parte — siguió diciendo la señorita de Miramar — quiero hoy hacer alarde de la inconstancia de mis deseos. Hace una hora estaba resuelta á no ver á nadie, y ya necesito que todo el mundo me vea. Si me condenaran á pasar el día encerrada en mi cuarto como una monja, me moriría de pesadumbre antes que obscureciera. ¿Qué le parece á usted, Marí?

— Me parece que la señorita piensa muy juiciosamente... Yo jamás he tenido vocación de monja.

— Lo creo — contesta Margarita abandonando sus espléndidos cabellos á las ágiles manos de su doncella.

— Debe ser muy triste la vida del claustro.

— Muy triste — repitió con aire distraído la señorita de Miramar.

— Y sin embargo...

— ¿Qué? — preguntó Margarita.

— Algunas veces sería preferible vivir en un convento á vivir en el mundo.

— Es posible — contestó indiferentemente la altiva señora.

Marí continúa diciendo:

— Si en vez de encontrarnos aquí nos encontraríamos entre las cuatro paredes de una celda, ¿qué pensaríamos?

La señorita de Miramar soltó una carcajada, y á Marí

debió parecerle tan concluyente que no tuvo nada que replicar.

Después de algunos momentos de silencio, exclama Margarita:

— Abra usted más ese balcón, porque me parece que el espejo será oscuro. Necesito verme bien... ¡Oh! Y apenas me distingo. Quiero luz, más luz..., mucha luz.

Marí obedece, calla y observa.

Observa tres cosas:

Primera: Que la señorita de Miramar está algo pálida.

Segunda: Que está algo seria.

Tercera: Que está algo habladora.

Sin embargo, la última observación de Marí queda desmentida, porque Margarita no vuelve á despegar sus labios. Mas la doncella observa otra cosa todavía más singular, que consiste en que no repara en el peinado.

— ¡Oh! — exclama interiormente. — La señorita tiene la cabeza á pájaros; ni siquiera repara en sí misma.

Y la observación de la doncella es exacta, porque Margarita parece que aparta los ojos de la brillante luna del espejo, donde tan bellamente se retrata su peregrina imagen.

¿Está descontenta de sí misma?

¡Quién sabe!